



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12468

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jere.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

VIERNES 29 DE MAYO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en tefras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassanlin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmarire, 31.

†
EL SEÑOR

DON DIEGO ORTEGA JORQUERA

Falleció en su hacienda de Cuesta Blanca el día 28 de Mayo de 1903
a las diez y media de la noche

Su desconsolada esposa D.^a Sebastiana Paredes, sus hijos
D. Julio y D.^a Anita, hijos políticos D. Joaquín Alfonso y doña
Pilar Jordana, hermanos, nietos y demás parientes,

Suplican una oración por el eter-
no descanso de su alma.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
27 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sede social en Cartagena: VIDA DE BORO Y COMPAÑIA Caballos 15

Llegó el momento

Dentro de algunas horas se ha-
brá decidido el porvenir de los re-
frades de Jesús Nazareno; ó se ha-
brán abolido para siempre, deján-
do sólo un grato recuerdo de sus pa-
sados triunfos, ó resurgirán con
alientos entusiasmados, con valiosas
iniciativas, con actividades que
anulen la pasividad en que han vi-
vido los últimos años.

Dentro de breves horas se reu-
niran en cabildo los hermanos,
tratarán los asuntos interiores de
la corporación y por contera se
ocuparán de las futuras procesio-
nes.

¿Qué acordarán?

Si han de responder a su histo-
ria, a aquella historia que hizo tan
prestigioso el color morado, los
acuerdos habrán de estar en con-

sonancia con lo que se proponen
realizar los de enfrente; y como
estos piensan en cosas grandes y
ya se han puesto en camino para
lograrlas, los marrajos ajustarán
el paso á la velocidad que llevan
los californios. Mas si en esta hora
en que parece querérselos poner á
prueba, penetra en sus filas el des-
aliento, se habrá perdido todo, y
los laureles ganados a tanta cos-
ta no serán mas que montón de
hojas secas, sin valor ninguno, ni
siquiera el que dan los recuerdos,
porque éstos se irán desvanecien-
do y olvidando tanto mas pronto
cuanto antes lleguen al objeto que
se proponen los cofrades del Pre-
dimiento.

No es presumible que mañana,
al comenzar nuestras tareas perio-
dísticas, salte á los puntos de la
pluma, como primer asunto de la
diaria cronica, el acta de defun-
ción de los marrajos; pues aunque
hay muchas personas que creen

que esa cofradía está dando las
boqueadas, por lo que respecta á
los actos públicos que usualmente
viene celebrando, hay en ella ele-
mentos valientes, entusiastas y de-
bidos que irán a todas partes así
que se enteren de que hay quien
sospeche que no van a ninguna.

Sabido es lo que ocurre en las
juntas marrajas. Se conciben; acu-
den los hermanos sin ponerse de
acuerdo, sin saber apenas lo que
se va á tratar y a todas partes así
lo que nadie esperaba, lo que na-
die creería si el tiempo no viniera
á confirmar el acuerdo tomado.

Y ahora ocurrirá lo mismo. En
general ¿por qué no decirlo? hay
descorazonamiento. El público que
desea y ve las procesiones, que
censura cuando no se celebran, ol-
vidando que debía ayudar con su
óbolo y no ayuda, espera poco de
la junta de esta noche. Los mis-
mos cofrades se muestran reserva-
dos; algunos no ocultan las pocas
esperanzas que abrigan de poder
acometer la empresa de renovar
las procesiones; sólo hay unos po-
cos que sienten ardimiento bastan-
te para hacer el camino que les ha
de llevar a aquel objeto.

¿Qué eso es poco? Pues basta.
Para que vuele un polvorín sólo se
necesita un fulminante. Para que
los marrajos despierten con nue-
vas energías basta un sólo elemen-
to que les ofrezca un plan.

Los que creen que el día de ma-
ñana nos traera un desengaño, no
conocen á la grey marraja.

Hoy está indecisa, preocupada,
sin saber el rumbo que debe to-
mar; pero apenas que termine la
junta, tendrá orientación y em-
prenderá el camino que la ha de
conducir á obtener nuevos triun-
fos y á confirmar su historia.

¿Que nos engañamos?
No somos infalibles; pero si
nuestras esperanzas se vieran de-
fraudadas, tendríamos que confes-
ar que los marrajos no son ya lo
que han sido hasta ahora.

ESTROFAS

José Martínez Albaceta es un simpático
murciano, poeta de altos vuelos, que segu-
ramente tiene reservado un halagüeño por-
venir.

No es con motivo de su último libro,
que lleva por título el que encabeza estas
líneas, cuando hemos apreciado el valor
del escritor. En el «Diario de Murcia»,
fallecido recientemente, hemos leído tan-
tas y tantas composiciones—ya en prosa,
ya en verso—del Sr. Martínez Albaceta,
que su último libro no ha sido para nos-
otros más que una nueva prueba de su mé-
rito.

Y como para muestra basta un botón,
allá va el botón de muestra:
Juegue el lector por la siguiente poesía
si hay motivos para hacer elogios del nuevo
libro del Sr. Martínez Albaceta.

Ver misteriosa murmuró á mi oído
En la noche oscura:
—Elevate surgen de tu fondo,
Como las nobles águilas.

«Ofrecete á la vida en holocausto,
Desbórdate con bravas rebeldías
Y pregona á los hombres y á los vientos
La verdad, el amor y la justicia.

«Y muéstrate cual mártir que se rinde
Coronado de luz, y abriendo el alma
Sé como virgen que se ofrece toda,
Urgida por amor, lista de ansias...

«Donde aduen las frentes; ama el santo
Misterio de la vida:
Amalo todo con amor, amoroso;
Ama, desde el vendigo hasta la víctima.

«Y créelo todo, ¡todo!... Tu creencia
Ha de ser una que lo abarque todo,
Dí madre de verdad á la mentira.
Siempre buscando su vidente fondo.

«Tú no eres grande ni pequeño; lucha,
Tú no eres sabio ni ignorante; habla,
Tú no eres malo ni perfecto; enseña,
¡Te debes á la vida, que te aguarda!

«Desbórdate del cauce que á tu vida
Docilmente sugiere.
Como el Nilo de bíblicas memorias
Que, al desbordarse, las campañas riaga.

«No guardes en la cratera del alma
Los nobles sentimientos:

Viértelos siempre, que jamás se agoten,
Que hay en su fondo manantial eterno.

«Tu labor es inmensa; por ser hombre
Y vivir á la luz del sol y el clima:
¡Surge de tu profunda somnolencia
Y eleváte como las nobles águilas!

«El porvenir te espera:
La vida te nubiciona:
Te aguardan los gloriosos luchadores,
Y escribí mis estrofas.

TIJERETAZOS

Dice un periódico que la mora Fátima ha
sido condenada á muerte.

No puede ser. Si eso se confirmara ¿qué
dirían las naciones extranjeras?
Mejor dicho ¿qué harían?
No se olvide que esa mora—que ya no lo
es, porque se bautizó—está bajo el amparo
de Francia, España y Alemania.

Poner la mano en ella, viene á ser como
tomar á Tánger: motivo de una danza con
música de fusil y cañón.

Leemos:

«Varios canales de Tarrasa, juntos
con un órgano en la prensa, considerarán
poco avanzada la política que defendían,
han dado un paso adelante y desde hoy son
francamente republicanos.

Es muy posible que en vista de la cor-
riente dominante, su conducta tenga imi-
tadores.

«Hatos vientos soplan para Canarias.
En las elecciones se quedó sin la mayoría
de los diputados.

«Abren las va yuntas el partido,
Y él tendrá que buscar su refugio por
no estar sólo.
En eso parán todas las disidencias.

La Gran Bretaña ha fijado la vista en el
Congo belga y dicen de allí:

«En la Cámara de los Comunes del im-
perio británico ha tenido lugar un impor-
tante debate sobre el Congo belga, cuya ad-
ministración no fué nunca del agrado de
los gobiernos ingleses, que acusan á los fun-
cionarios del rey Leopoldo de emplear con
los indígenas medidas coercitivas poco con-
formes con la civilización.

Ya pareció aquello, el humanitarismo.
Pero... ¡calle! ¡No fueron los belgas los

nes de mi madrastra atrajeron. ¡Pero era él, no lo du-
do! La misma sonrisa que la había ofendido la parecía
entonces natural.

—Quizás, se decía, presume que monsieur Narvaux
se haya atribuido el honor de este cumplido que él
llama tan elegantemente una galantería.

Y riendo á su vez de esta idea, se prometió hablar
al día siguiente á Edgar, y probarle que no la había
engañado con su astucia.

Sola con su amor, no pensaba en la interpretación
de interés que la gente pudiera dar; el corazón entre-
gado á sí mismo oída bien pronto todas las ambicio-
nes, todas las vanidades mundanas inútiles en un bo-
llo desvarío.

Habiendo penetrado el sentimiento de orgullo que
alejaba de él á Valentina, Edgar comprendió que sus
cuidados en adelante serían inútiles, los testimonios
de cariño mal recibidos; formó el extraño proyecto de
inducir á Mma. de Champriery á su pesar, á obligarla
á un matrimonio que su orgullo le hacia rehusar, pero
que en el fondo de su corazón deseaba, sin confesarlo
á ella misma.

—Detesta la turbación, pensaba él; ¡pues bien! la
evitaré á una declaración fastidiosa. ¿Para qué me
serviría el talismán si no era para probar á una mujer
que no se cree todo lo que dice, y en labrar su dicha
aunque la pesé?

Conspado con su nuevo proyecto, se alejó conriendo,
sin hablar á Mma. de Champriery, dejándola indigna-
da con el tan súbito buen humor que sucedió á una
tristeza tan fastidiosa.

Esa noche, empujada de un modo brillante concen-
yó lánguidamente para Valentina: no se era una amada
y todo le fastidiaba. Pero al volver á su casa, encu-
trando el cuadro que la recordaba todas sus esperan-
zas; se despertaron las impresiones de la mañana, sus
ambiciones reaparecieron; examinó de nuevo las cosas,
y la emoción que experimentó á vista de este escrito,
la probó que era de Mr. de Lorville.

Ha hecho bien en negar que me lo había enviado,
pensaba, delante de toda la gente que los exclamaba-

afectaba no oírle; por lo demás, añadió, cuando se ha-
cen también los honores de una fiesta, se deben tener
cien mil libras de renta, y después harías tan linda
duquesa. Es lástima que Edgar tenga tanto horror al
matrimonio.

—No más que yo, repuso Valentina viéndose preci-
sada, por último, á contestar á tan grossera malicia.

—¿Quién habla de matrimonio? preguntó uno.

—Murmuráramos, respondió Mr. Narvaux. La se-
ñora no comprende que una viuda se vuelva á casar.

—Pero ¿y si ama? dijo á su vez Mr. de Lorville acer-
cándose á ellos.

—¿Quién más perder la cabeza, respondió Mma. de
Champriery, y una eso no se acuerda el sacrificio.

Valentina pronunció estas palabras con tanta calma
y con una convicción tan profunda, que Mr. de Lorvi-
lle creyó verdadera su repugnancia á una segunda
unión; se extrañaba al oírle hablar de una manera tan
natural sobre un asunto que hubiera debido turbarla.
Edgar no sabía aun hasta qué punto el orgullo puede
paraísar el corazón más sensible.

Valentina era sincera entonces en la advertencia que
manifestaba hácia un segundo matrimonio, en la frialdad
que notaba Mr. de Lorville; no era ya para ella el
hombre amable, solícito en agradarla, cuya conversa-
ción tenía para ella tantos atractivos, y al que prefe-
ría entre todos, puesto que respondía á su pesamien-